

**Razones de la política.  
Crítica al poder y a la política  
en la era de la globalización**  
Bernat Riutort Serra

Bernat Riutort Serra es Profesor Titular de Filosofía Moral y Política de la Universidad de las Islas Baleares, y miembro fundador de la Asociación Iberoamericana de Filosofía Política. Facultad de Filosofía, Universidad de las Islas Baleares, España.  
e-mail bernatriutortserra@yahoo.es

**Resumen**

En este artículo estudiamos tres procesos diferentes y relacionados entre sí, la consolidación del capitalismo global, la emergente sociedad civil global y el reelaborado nuevo orden mundial para ofrecer una caracterización crítica de los actuales procesos políticos de alcance mundial.

**Summary**

In this paper we study three different and related processes, the consolidation of global capitalism, the emergent global civil society and the reconstructed new world order, in order to suggest a critical characterization of world-wide current political processes.

## I. INTRODUCCIÓN<sup>1</sup>

La filosofía política que ha hegemonizado las discusiones académicas de las últimas tres décadas ha mantenido un sesgo marcadamente contra fáctico, ha discutido con un potencial impresionante de argumentos sobre la justicia, los derechos, los individuos, la comunidad, la democracia deliberativa, los valores cívicos, la ciudadanía, etc. Sin duda tales reflexiones aportan un notable bagaje a lo que podríamos denominar las *razones* de la *razón política*. No obstante, en tales versiones hegemónicas, por regla general, se ha prestado escasa atención al *poder* y a la *política activa*, como si tales temas «fácticos» fuesen un terreno acotado para otras disciplinas referidas a la política, ajenas a la filosofía política. En este escrito enfocamos nuestra aproximación filosófica a las *razones de la política* desde la *crítica* al poder y a la política en la *actualidad* considerando lo «fáctico» críticamente, desde lo «contra fáctico». Esta mirada a las razones de la política se sitúa en la perspectiva de la *teoría social crítica* pensada *comunicativamente*.

Nos vamos a centrar en tres procesos diferentes, relativamente nuevos y relacionados entre sí: la consolidación del capitalismo global, la emergente sociedad civil global y el replanteamiento del nuevo orden mundial, que constituyen los principales ámbitos de interacción, junto a los dos clásicos, la política exterior de los estados-nación y el marco que ofrecen las instituciones y leyes internacionales, para la caracterización crítica de los procesos de cooperación y los conflictos de poder decisivos de alcance mundial de los últimos quince años. El objetivo es disponer de una composición de lugar para interpretar las diferentes posiciones de los agentes e instituciones al tiempo que situamos críticamente sus prácticas.

La intersección de las acciones que proceden de los nuevos procesos, con las acciones procedentes de los clásicos, claramente desbordados por los nuevos retos, se solapan y condicionan, convirtiendo en muy complejos los resultados de los conflictos globales, tanto para las racionalidades político-ideológicas heredadas, como para los agentes inmersos en tales relaciones de poder, precipitando el agravamiento de los conflictos, la incertidumbre y el riesgo en las relaciones de poder mundiales.

<sup>1</sup> El autor remitió a la revista la versión final del texto en el mes de septiembre del año 2005.

## II. GLOBALIZACIÓN ECONÓMICA Y CONFLICTO POLÍTICO

### II.1. Crisis del capitalismo regulado y «toma del poder» financiero mundial

Por globalización económica entendemos una nueva articulación del capitalismo, el capitalismo global, que a comienzos de los años noventa del siglo veinte ha quedado estructurado y que, desde entonces, a través de diversos procesos, absorbe y articula de cada vez más formas de interacción económicas, sociales y culturales, algunas de las cuales eran anteriormente ajenas a los procesos de acumulación del capital o, correspondientes a otras formas más simples, básicamente estatales y/o locales, de articulación del capitalismo.

El capitalismo global es el resultado de la transformación del capitalismo regulado que tuvo lugar durante la crisis de éste en los años setenta y ochenta de siglo pasado. La consecuencia fue el progresivo asentamiento de un nuevo tipo de capitalismo en el cual: 1. la penetración de la dimensión global de los mercados en las economías de los estados-nación ha dado un salto irreversible, especialmente en lo que hace a los mercados financieros; 2. al enorme desarrollo de las grandes empresas transnacionales articuladas en redes —las 300 mayores transnacionales disponen de más de  $\frac{1}{4}$  de los activos productivos mundiales—, tanto en su reorganización productiva pos-fordista, como en las alianzas entre ellas y sus imbricaciones con los mercados financieros; lo cual ha ido aparejado con 3. la masiva incorporación de las nuevas tecnologías a la producción, a la gestión de las empresas, a las transacciones en los mercados y a la nueva división internacional del trabajo que estos cambios han propiciado entre los centros de acumulación de capital y sus periferias y semiperiferias al nivel mundial; 4. la pérdida de importantes potestades de los estados en la regulación de sus economías y sociedades y el debilitamiento y fragmentación de los asalariados y de los agentes sociales y políticos que los representan, sin estrategias propias efectivas, compelidos a aceptar su acción política, social y económica a la hegemonía neoliberal.

Para llevar a cabo los procesos de desmontaje del capitalismo regulado fue preciso: 1. que el Presidente de los EE.UU. Richard Nixon en el año setenta y uno del siglo pasado reformase el sistema de regulación monetaria internacional acordado al finalizar la segunda Guerra Mundial en Bretton Woods, basado, en primer lugar, en el control de la salida de capitales de los estados, por su liberalización y, en segundo lugar, en el cambio fijo de las monedas con la relación de equivalencia dólar-oro, por el cambio flexible de las divisas respecto al dólar. Lo cual significó la primera gran liberalización financiera y la conversión del dólar en moneda patrón mundial. El objeto de tales reformas, en primera instancia, era debido al

hecho de que el estado norteamericano, de ser el principal acreedor del mundo, se había convertido en el principal deudor, no obstante, el alcance de tales medidas modificaba reglas básicas del capitalismo regulado. 2. La constatación por parte del gran capital, de la intelectualidad afín a éste y de la elite política de los EE.UU. (y subsidiariamente, de Gran Bretaña) de que desde principios de los setenta se había entrado en una crisis en la estructura de la acumulación del capital, para contrarrestar la cual, después de múltiples debates y estudios, fueron convergiendo en un nuevo consenso estratégico en torno a la política económica monetarista y la filosofía económica neoliberal (Bowles, Gordon, Weisskopf, 1989 y 1990). Tales propuestas fueron puestas en marcha con mucho vigor en los años ochenta por los gobiernos conservadores de M. Thatcher en Gran Bretaña y de R. Reagan en los EE.UU. (y miméticamente, por los laboristas en Australia y Nueva Zelanda).

En este contexto el proceso de «toma del poder» financiero mundial por parte del sistema financiero de los EE.UU. vino de la mano del Presidente de la Reserva Federal Paul Volker, en el primer mandato presidencial de Ronald Reagan, con la subida a comienzos de los ochenta de los tipos de interés de los bonos del tesoro estadounidense que pasaron de oscilar entre el 2% o el 3% hasta llegar al 10%, produciendo el efecto de elevar en general los tipos de interés en los EE.UU. y, como consecuencia, absorber grandes masas de capitales de todo el mundo. La enorme deuda en dólares de muchos países menos desarrollados o subdesarrollados con las instituciones financieras ubicadas en los EE.UU. y el Reino Unido, adquirida en los años setenta en dólares con tipos de interés muy bajos, se convirtió en prácticamente impagable (saldar el servicio de la deuda de un 4% de déficit estatal puede llegar a absorber casi  $\frac{1}{4}$  del PIB anual), generando el problema de las renegociaciones sucesivas de la deuda y poniendo sus economías bajo el yugo de las condiciones impuestas por el FMI y el BM, plenamente imbuidos de la nueva filosofía económica neoliberal.

## 11.2. Globalización neoliberal

Desde los años ochenta el proceso de globalización del capitalismo ha sido hegemónico por las políticas y las ideas del neoliberalismo, comportando la crisis y el redimensionamiento a la baja de los estados de bienestar en los países centrales y el abandono de las políticas keynesianas de gestión de la demanda por políticas orientadas a la oferta, tendientes a reducir los costes de los *inputs*. Es decir, a debilitar la capacidad negociadora en los mercados de los productores de los países menos desarrollados y de los asalariados, tanto de los países centrales como de los semipe-

riféricos y periféricos. Con la excepción de una parte de los asalariados del segmento primario y de los analistas simbólicos de los países centrales que participan en los grandes beneficios del nuevo tipo de capitalismo global, especialmente de los segundos, debido al lugar decisivo que ocupan en los nuevos procesos de producción de bienes y servicios y en la gestión de los negocios y de las relaciones humanas, necesarios al nuevo tipo de capitalismo global (Riutort, 2001 y Torres López, 2000).

Con la nueva división internacional del trabajo y con las políticas neoliberales hegemonizando el proceso de globalización capitalista, dirigidas a desregular los mercados laborales y a debilitar las organizaciones de los trabajadores, se ha profundizado la segmentación y la desigualdad entre los asalariados, tanto en el interior de los países centrales, como entre éstos y la semiperiferia y periferia. Como consecuencia, se ha precarizado y debilitado la posición de los asalariados en los países desarrollados y empobrecido masivamente a gran parte de los asalariados de los países con economías en desarrollo que incorporan poco valor añadido a sus productos. Más allá de tales procesos se han creado, tanto en los países centrales, como en los semiperiféricos y en los periféricos, zonas con crecientes índices de vulnerabilidad y exclusión respecto de la economía globalizada y de la sociedad que dejan a dichas poblaciones en la más grande de las impotencias.

A partir de los años ochenta y culminando en los noventa del siglo pasado, la «toma del poder» de las finanzas en la dinámica de la acumulación y la hegemonía de la ideología y la política neoliberal en los gobiernos y las instituciones económicas internacionales, han propiciado que el reparto real de la renta entre las poblaciones, el cambio en la organización y explotación del trabajo, el ritmo y la orientación de la inversión, las políticas económicas y sociales de los estados y el cambio en la gestión y orientación de la gran empresa tuvieran por norte la satisfacción inmediata de las expectativas de beneficios a corto plazo de los grandes inversores financieros, es decir, los grandes fondos de pensiones, los grandes fondos de inversión y los grandes bancos que forman el entramado de poder sobre los tiempos y destinos de la inversión.

La nueva estructura social de acumulación del capitalismo global y el nuevo régimen financiero del capitalismo, ambos bajo la hegemonía neoliberal, quedaron plasmados en dos acuerdos emblemáticos, el primero, el «consenso de Washington» que data de finales de los ochenta y, el segundo, el Tratado de Maastrich de comienzos de los años noventa. Ambos sirvieron, respectivamente, de guía para las políticas económicas de los noventa de los países latinoamericanos y de Europa occidental.

En los noventa los grandes beneficios del gran capital financiero obtenidos en la década anterior, la liberalización de capitales en todo el mundo, la generalización de las políticas neoliberales, la incorporación al sistema del capitalismo global de los países que formaban el bloque soviético y la explosión de la nueva economía convirtieron a los mercados bursátiles, especialmente de los EE.UU. en el lugar de confluencia de inmensas cantidades de valores que se expandían en un trasiego que parecía no tocar techo.

Tanto los mercados financieros como los mercados de trabajo, en los que impera básicamente la capacidad del capital de prestar dinero o de contratar trabajo, en función de lo que consideran son sus intereses, se caracterizan por el intercambio conflictivo. Prestamista y empleador, de un lado y, prestatario y empleado, del otro, parten de posiciones de poder muy diferentes en la relación; los primeros de mucha más fuerza y los segundos de debilidad crónica, de no mediar regulaciones que tiendan a compensar tanta asimetría inicial. Solamente la historia conflictiva de tales relaciones ha llevado, según los cambiantes procesos históricos hacia dinámicas de reconocimiento de los segundos respecto de los primeros, lo que se ha plasmado en derechos y regulaciones reconocidos por los estados, que han contemplado sus intereses, y que ha tenido su culminación en el período de consolidación del estado social de bienestar, que cubre desde los años cincuenta hasta los ochenta del siglo veinte. La toma del poder por el capital financiero y la hegemonía de las políticas neoliberales han llevado, en un nuevo viraje histórico, a la pérdida de reconocimiento de los segundos, prestatarios y asalariados, y a la reafirmación de gran cantidad de *potestades* de los primeros, prestamistas y empleadores, es decir, a una enorme expansión de los derechos del gran capital, deteriorando el reconocimiento de los derechos económicos y sociales y desactivando parte de la capacidad de hacer efectivos los derechos políticos. En estas condiciones se ha desarrollado el proceso de globalización del capitalismo.

### 11.3. La «exuberancia irracional» en los «felices noventa»

En los años noventa, con el fuerte impulso dado por las dos administraciones norteamericanas de B. Clinton, los procesos de globalización avanzaron rápidamente consolidando la nueva estructura social de acumulación del capitalismo global. En este proceso se ha destacado la economía norteamericana respecto de los otros dos grandes centros de acumulación del capital, la UE y Japón, al liderar la reestructuración neoliberal del capitalismo y la incorporación y el desarrollo de las nuevas tecnologías a la economía y a la vida cotidiana. No obstante, al final de

sus dos mandatos, como consecuencia colateral, el fuerte impulso del crecimiento económico y la falta de regulaciones y controles produjo una enorme burbuja financiera y bursátil, una corrupta ingeniería contable en las grandes empresas y el fuerte endeudamiento de empresas y particulares hasta límites indeseables por el exceso de riesgo que comportan para todo el sistema (Stiglitz, 2003).

El crecimiento del PIB, la rápida incorporación de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación a la producción y a la vida cotidiana, la recuperación del crecimiento de la productividad de los factores, tanto del capital como del trabajo, ofrecían, después del primer mandato de Clinton, una instantánea pujante de la economía de los EE.UU., en comparación con las de Europa Occidental y Japón. Todo ello iba acompañado de una extraordinaria elevación de la cotización de las acciones, que prometían unas expectativas de ganancias a los capitales de todo el mundo que aflúan masivamente a los mercados de valores norteamericanos, tanto es así que el Presidente de la Reserva Federal Alan Greenspan la calificó de «exuberancia irracional». Una burbuja financiera se expandía sin encontrar techo más allá de los beneficios de la economía real.

En la nueva estructura social de acumulación del capitalismo global bajo hegemonía neoliberal el capitalismo financiero ocupa un lugar privilegiado. La dinámica dinero-producción- mercancía-más dinero, del ciclo completo de la reproducción del capital aumenta en importancia especialmente en la forma dinero inicial. Algunos economistas, con buenas razones, califican esta situación como la de un régimen de acumulación dominado por el capital financiero.

El capital financiero en esta situación de dominación del ciclo de reproducción ampliada del capital parece adquirir una autonomía respecto de éste. En el largo plazo el beneficio del ciclo del capital proviene de la economía real. No obstante, si consideramos la economía de los EE.UU., en el marco del capitalismo global, vemos que gran parte de la capacidad de expandir su capital financiero proviene de la atracción que ejerce sobre los capitales, tanto suyos como de otras zonas y de la dominación que el dólar ejerce sobre el mercado de divisas mundial. El mercado de valores dominado por Wall Street, con los mecanismos de concentración del capital a través de los grandes fondos de inversión y de pensiones, y las instituciones de regulación como la Reserva Federal, el FMI y el BM, bajo la hegemonía neoliberal dirigida desde los EE.UU., garantizan su centralidad y dominación (Gozan, 1999). De hecho, la liberalización financiera y la expansión de las formas de interrelación entre la gran empresa y el capital financiero no ha dejado de crear formas nuevas de dinero bancario, títulos que se negocian en ámbitos internacionales, nuevos pro-

ductos financieros, etc., que aumentan enormemente la liquidez del sistema, ponen de relieve la autonomía relativa del capital financiero y la consecuente autonomización de su poder respecto de las instituciones políticas estatales.

#### II.4. Las contradicciones de la política económica neoconservadora

La contradictoria gestión económica de la Administración de George W. Bush que no aborda seriamente dichos problemas y el desplazamiento de su prioridad desde la gestión de la economía global a la redefinición de la estrategia político-militar, con su papel de imperio militar y los costes económicos asociados, sitúan a la economía de los EE. UU. en una crisis de coyuntura latente que externaliza hacia otras zonas a través de su poder financiero, monetario, político y militar (Krugman, 2003). El *tempus* de la crisis de coyuntura del motor de la globalización, los EE.UU., ha coincidido con problemas económicos y políticos irresueltos en los procesos de globalización y de integración política de la Unión Europea y de reestructuración económica de Japón. Lo cual, en los dos primeros años del siglo XXI ha tenido como consecuencia una pronunciada ralentización de la globalización económica al coincidir las crisis en los tres centros del capitalismo global. En estas condiciones la salida de la crisis de coyuntura por parte de los EE.UU. ha sido débil, y se hace a costa de transferir parte de sus problemas por vía monetaria y financiera a los otros centros de acumulación. La reelección para un segundo mandato de G. W. Bush ha reforzado su convicción de continuar esta senda.

#### II.5. Las macro-regiones semiperiféricas y periféricas en el capitalismo global

En Latinoamérica, en los años setenta, mientras estaban inmersos en profundas crisis políticas, entraron en crisis las estrategias del desarrollo capitalista por sustitución de importaciones, base de sus modelos económicos de crecimiento, con sus variantes y tiempos según los países, sustituyéndose abruptamente por planteamientos neoliberales. En tales condiciones la *incardinación* en los procesos de globalización capitalista tuvo lugar desde posiciones económicas y políticas muy debilitadas y con escasa capacidad negociadora de los respectivos estados, en unos mercados muy desiguales y controlados desde las economías centrales, con una deuda externa impagable. La fragilidad económica y social, las crisis políticas y económicas y los sucesivos planes de estabilización ampliaron grandemente las desigualdades, los desequilibrios y la pobreza. Los años ochenta y noventa se perdieron desde el punto de vista del desarrollo económico y social, excepto en el caso de Chile (Gozan, 1999). Sólo recientemente, en ciertos países, el aprendizaje político de la ciudadanía como

en Chile, Brasil, Argentina, Uruguay y, hasta cierto punto, México, después de tanto despropósito político y económico y a la menor implicación de los EE.UU. en la política latinoamericana en los últimos años, debido a la focalización de su política exterior en las guerras y ocupaciones de Afganistán e Irak, abren nuevas potencialidades de cara a superar algunos de sus problemas recurrentes.

En los años setenta el imperio soviético sufrió un estancamiento endógeno de su economía y sociedad, sumiéndose en los ochenta en la descomposición. La implosión de la Unión Soviética precipitó la ruptura del sistema. En plena ofensiva neoliberal, los centros rectores del capital, en connivencia con las elites pos-soviéticas que se hicieron con el poder, impusieron las condiciones de transformación del sistema económico y de entrada en los mercados mundiales, precipitando a dichas sociedades en la des-industrialización, la pobreza, las desigualdades, el paro y la desprotección social y política de las poblaciones hasta niveles de subdesarrollo. Los países que formaron la Unión Soviética, con políticas neoliberales de choque, derivaron hacia un capitalismo mafioso, sin reglas y con estancamiento y en un sistema político demo-liberal con fuertes componentes autoritarios (Gozan, 1999 y Stiglitz, 2002). En los últimos cuatro años, debido al efecto combinado de los problemas político-militares de los países productores de petróleo del Golfo Pérsico, y al fuerte aumento de la demanda provocado por el crecimiento de la demanda de China e India, se ha producido un incremento de los precios del petróleo que está permitiendo a Rusia, sólo en parte, paliar los efectos económicos y sociales de su proceso de crisis, empobrecimiento y desindustrialización y dando nuevas ínfulas al autoritarismo centralista de Putin. Por otra parte, los países de la Europa del Este, después de un primer y fuerte choque de liberalización empobrecedor de sus sociedades, atraídos hacia el área de la Unión Europea, amortiguaron los efectos de la transformación con crecimiento en nuevas áreas, facilitando la reconstrucción capitalista en ciernes.

En la región Asia-Pacífico se ensayan dos vías principales de articulación en los procesos de globalización. La de aquellos países que emulan el modelo de desarrollo capitalista de Japón dirigido por el Estado con políticas industriales, fiscales y laborales orientadas a la exportación, mercado interno protegido, bajos salarios y falta de derechos laborales. Dichos países, desde los ochenta hasta el noventa y siete, lograron altos índices de crecimiento. Posteriormente, la política monetaria intencionada, dirigida por el Secretario del Tesoro Rubin desde el gobierno de Clinton y complementada por el FMI, los precipitó en un crisis financiera de enormes proporciones para la zona, poniendo de relieve las limitaciones del modelo en las nuevas condiciones de la globalización neoliberal (Gilpin, 2003). Por otra

parte, China y Vietnam, con regímenes de economía estatal dirigen transiciones duales al capitalismo global. Durante veinticinco años China ha mantenido elevados índices de crecimiento y ha entrado con fuerza en los mercados manufactureros y de microelectrónica globales. La contrapartida es la enorme desigualdad y los fuertes desequilibrios en su interior, así como la falta de derechos laborales y políticos de su población. Vietnam, desde mitad de los noventa, se aproxima a los mercados globales siguiendo en la estela económica y política de China. En los noventa India se orienta hacia el capitalismo global emulando a su manera el modelo chino de incardinación en el capitalismo global. En el futuro próximo esta inmensa nueva área del capitalismo global, de continuar con estas tendencias al crecimiento económico, trastocará todas las relaciones de fuerza en los mercados.

El mundo árabe y el África subsahariana están en la periferia del proceso de globalización del capital. Este hecho los sitúa en posiciones de poder extremadamente precarias para hacer oír su voz en los centros de toma de decisiones del capitalismo global y así contrarrestar parte de las consecuencias no queridas de la globalización sobre sus sociedades y economías, en plena explosión demográfica, en profunda transformación y cruzadas por múltiples conflictos. El engarce principal con este proceso de globalización, en el primer caso, se centra en sus enormes y vitales reservas de combustible fósil para la economía mundial, recursos geoeconómicos y geoestratégicos codiciados por los países industrializados, en especial, por el mayor de ellos y, además, la única hiperpotencia mundial, los EE.UU., origen último de la crónica inestabilidad, conflictos sociales y armados que padecen. En el segundo caso, el del África subsahariana, se establece a través del suministro de ciertas materias primas muy apreciadas en los mercados como el oro, los diamantes, el coltán y el petróleo.

### III. SOCIEDAD CIVIL GLOBAL Y CONFLICTO POLÍTICO

#### III.1. Emergencia de nuevas articulaciones en la sociedad civil

Comúnmente se utiliza el término sociedad civil asociándolo al de estado. La sociedad civil moderna surge con el estado moderno al configurar éste último el ámbito geográfico y legal propicio para que se desarrollen las relaciones civiles, al mismo tiempo que la sociedad civil aporta legitimidad y recursos al estado. Desde entonces las relaciones entre el estado y la sociedad civil se han complicado mucho, desarrollando los canales de mediación entre ambos, especialmente con el desarrollo del estado social de bienestar posterior a la segunda Guerra Mundial y a través

de la expansión de la opinión pública. Imbricándose instituciones del estado con la sociedad civil e instituciones de la sociedad civil con el estado, creando una amplia área de solapamiento aunque sin confundir los límites entre ambos (Haberlas, 1981).

En el ámbito de las relaciones sociales, durante los años setenta y ochenta del siglo XX, las consecuencias de la crisis del capitalismo regulado, la impugnación del estado de bienestar, la estructuración del capitalismo global y el desarrollo de la sociedad de la información, provocan distintos efectos. Por una parte, un proceso de desarticulación y descentramiento en relevantes instituciones, agencias y agentes de las sociedades civiles y de los diferentes estados respecto a los papeles desempeñados durante la primera modernidad, entre los que cabe referirse a la pérdida de centralidad social de los sindicatos y partidos obreros o a la pérdida de hegemonía de las instituciones religiosas históricas en las sociedades pluralistas y multiculturales. Por otra parte, emergen al mismo tiempo nuevas instituciones, agencias y agentes, o se reorganizan los anteriores, reubicados respecto del alcance más global de las relaciones a las que tenían acceso, entre los que cabe mencionar a los nuevos movimientos sociales, los grandes grupos globales de comunicación, las organizaciones internacionales no gubernamentales, la expansión de las sectas religiosas, los nuevos movimientos re-etnizadores y/o nacionalistas, etc.

En las distintas sociedades —en unas más que en otras—, con las nuevas tecnologías de la comunicación y los transportes, se ha multiplicado y diversificado el alcance de sus interacciones, reduciendo el problema físico del tiempo y del espacio de las mismas y reorganizando las interacciones que privilegiaban casi en exclusiva a los ámbitos locales y nacionales en favor de los macro-regionales y globales. No se trata de que los primeros hayan desaparecido, al contrario, se trata de que los segundos se han incrementado enormemente, rearticulándose con los primeros, traspasando y desdibujando los límites y fronteras.

La asimilación generalizada en la vida cotidiana de las nuevas tecnologías en los años ochenta y noventa del siglo pasado, especialmente, de la capacidad de comunicación, almacenaje, procesamiento y difusión de información, así como la movilidad y rapidez en el transporte de personas y mercancías, ha desubicado muchos de los procesos institucionalizados de interacción, canalizándolos hacia ámbitos macro-regionales y globales, creando nuevos y elevando exponencialmente su cantidad, alcance espacial, imbricación entre ellos y rapidez (Giddens, 1993 y Riutort, 2004). Se han reconfigurado, reubicado y creado flujos de relaciones horizontales y transversales articuladas en redes que interrelacionan los ámbitos local, estatal, macro-regional y global.

La amplitud de las articulaciones regionales y globales ha expandido el desarrollo y el campo de intervención de los sistemas simbólicos y expertos, de las reglas que los regulan, así como el conocimiento social para su funcionamiento, aumentando la extensión, complejidad y excentricidad de las relaciones sociales. Entre los sistemas simbólicos cabe citar al dinero, en sus diversas formas, especialmente las electrónicas y, el *logo*, al globalizarse las grandes marcas que funcionan como identificadores ideales de formas de vida a representar y emular por los individuos en los más diversos estratos sociales y geográficos. Entre los sistemas expertos cabe referirse a los grandes sistemas de comunicación, aviación civil, sanidad, transporte de mercancías, etc., que alcanzan dimensiones y formas de gobernanza mundiales. Entre lo que constituye el sistema reflexivo de la sociedad, es decir, la aplicación del conocimiento social sobre sí mismo, el sistema científico como un todo se ha expandido geoméricamente, alcanzado las dimensiones de un sistema cognoscitivo mundial acorde con el crecimiento de la reflexión de la modernidad compleja sobre sí misma.

Las múltiples relaciones regionales y globales institucionalizadas en forma de sistemas de comunicación y procesamiento de información, sistemas expertos, redes comunitarias y profesionales, organizaciones no gubernamentales internacionales (ONGI), sistema internacional de transporte, agencias y agentes regionales e internacionales, movimientos sociales internacionales, fundaciones y foros de carácter transnacional, industria cultural de masas de alcance transnacional, redes mafiosas internacionales, etc., han propiciado la emergencia de una incipiente sociedad civil global (Beneyto, 2003).

Si la primera modernidad, que perdura hasta los años setenta del siglo veinte en el terreno social y político, se caracterizó por la relación crecientemente compleja entre estado y sociedad civil, la segunda modernidad, en la que nos hallamos, experimenta la emergencia de una frágil sociedad civil global que requiere de instituciones públicas macro-regionales y globales con las que relacionarse y que le aporten una cobertura y una consolidación mínima.

### III.2. Disputas por la hegemonía en la sociedad civil global

La sociedad civil global ha surgido sin la cobertura de un estado global, con una legislación reguladora de su ámbito e instituciones que garantice su protección, por lo que presenta una gran fragilidad. No obstante, las instituciones dependientes del sistema ONU han ofrecido cierta cobertura e interlocución al despliegue de iniciativas en la emergente sociedad civil global y, por otra parte, los estados reco-

nocen en la práctica la interlocución con agentes y agencias de la emergente sociedad civil global. Pero, en absoluto podemos hablar de la existencia de un demos global. La perspectiva de un desarrollo de la democracia cosmopolita, si es que en el futuro se avanza en esta dirección, aún está en el estadio de aspiración práctica por realizar de algunos movimientos emancipadores y de algunas teorías políticas.

Durante el proceso de formación de la sociedad civil global, las sociedades civiles asociadas a los estados nación no han desaparecido, por el contrario, se desarrollan en países en los que o no existían o estaban poco desarrolladas y, donde existen sociedades civiles sólidas se potencian sus interacciones con la sociedad civil global sin desdibujar su perfil. La precaria sociedad civil global es un nuevo ámbito de articulación y conflicto de relaciones civiles emergentes que no niega ni supera las sociedades civiles estatales, si bien, como tal ámbito emergente se articula más allá de las fronteras fijadas por los estados.

La emergencia de la sociedad civil global supone que desde miríadas de lugares del mundo desigualmente distribuidos aparecen multitud de agencias y agentes que interactúan horizontal y transversalmente, conectándose más allá de la separación interior-exterior de los estados nación. Los sentidos de tales tipos de interacciones afectan a múltiples campos y responden a muchas interpretaciones de la realidad, valores, normas e intereses, emergiendo nuevas formas de integración y, nuevas formas de conflicto global, no reducibles a las relaciones y a los conflictos internacionales tradicionales entre los estados-nación.

En este contexto múltiple, excéntrico y desigual de relaciones y conflictos tradicionales y emergentes, desde diversos lugares, se articulan redes para abordar problemas que teniendo su origen en ámbitos locales, estatales, regionales o globales, irradian hacia los otros conectando horizontal y transversalmente agencias y agentes que experimentan problemas afines, ampliando las redes y resonando en la opinión pública que adquiere una dimensión mundial. Cada vez más conflictos se convierten en disputas por la hegemonía en la incipiente y desigual sociedad civil global, sea por el carácter macro-regional y global de los implicados, su capacidad de extenderlo y a los desplazamientos en las interpretaciones, valores y normas en las corrientes que atraviesan la opinión pública mundial.

Con la emergente sociedad civil global afloran en el debate público global dimensiones de lo político que no se habían manifestado, o que parecían descartadas de las agendas de la política interior de los estados-nación o de la política internacional institucionalizada que ha sido llamada sub-política (Beck, 2003). En esta sociedad civil global se manifiestan, por una parte, aspiraciones emanci-

padoras tradicionales y nuevas rechazadas o eludidas por la política institucionalizada en los estados nación y el sistema internacional de instituciones y, por otra parte, surgen y se difunden discursos alienantes tradicionales y nuevos que reaccionan frente a la angustia que provocan los cambios, extremando las vías excluyentes, agresivas y dogmáticas, hallando en el nuevo medio de la sociedad civil global vías para su expansión.

En el primer sentido, emancipador, los nuevos movimientos sociales en los ochenta, la explosión de las ONG en los noventa, los movimientos por una globalización alternativa al finalizar la década y los recientes foros sociales mundiales, regionales y locales, a pesar de su diversidad y fragilidad, constituyen jalones de un nuevo tejido social emancipador que se ha depositado en estratos diferentes, pero relacionados, de la emergente sociedad civil global que plantean desde lo político gran cantidad de alternativas, muchas de ellas contradictorias, que implican a los perjudicados por la globalización y la radicalización de la modernidad, cuando parecía que los canales de la política instituida habían reducido el margen de la acción posible a la gestión técnica modelada por el «pensamiento único». Cuando estos movimientos y propuestas consiguen penetrar en la opinión pública global y en la de estados particulares, condicionando sus agendas y decisiones, adquieren la capacidad de modificar reglas establecidas. La razón práctica moral y política ha emergido desde la nueva sociedad civil global cuando parecía que había sido reducida a razón técnico-administrativa en las instituciones políticas estatales e internacionales.

En el segundo sentido, alienante, se han multiplicado reacciones contrarias a la globalización y a la radicalización de la modernidad, que se articulan en el medio que ofrece la sociedad de la información y la emergente sociedad civil global desde posiciones reactivas y agresivas frente a quienes consideran sus causantes, promoviendo movimientos religiosos fundamentalistas de carácter local, estatal, regional y global; proliferando las conexiones mafiosas y el reparto de sus áreas de influencia en el mundo; reorganizando y renovando el ideario y las posiciones de poder social de la extrema derecha nacionalista y xenófoba y sus conexiones; desarrollando poderosas fundaciones ultra-conservadoras que llevan a cabo fuertes ofensivas ideológicas y culturales y que proyectan su influencia sobre las políticas de los estados, las universidades y los grandes medios de comunicación de masas. Dichas reacciones han adquirido una notable capacidad de convertirse en corrientes de opinión que traspasan los marcos de los estados-nación y se manifiestan en estallidos de xenofobia, irracionalismo, violencia, racismo, fundamentalis-

mo, etc. El riesgo político-social de estallidos de violencia y conflictos armados se incrementa, en la medida que las consecuencias colaterales de la globalización y la segunda modernidad son interpretadas reactiva y antidemocráticamente.

#### IV. REPLANTEAMIENTO DEL NUEVO ORDEN MUNDIAL.

##### IV.1. La concepción moderna de la política internacional

En términos generales la concepción realista moderna de la política internacional, dominante en la teoría de las relaciones internacionales, delimita su campo como el ámbito resultante de la acción exterior de los estados-nación dirigida a lo que los respectivos gobiernos interpretan como la defensa de sus intereses fuera de sus fronteras. Los agentes de la política exterior son los estados que implementan dicha acción exterior, principalmente a través de administraciones, institutos y agencias especializadas en dichas tareas. Un lugar privilegiado para la acción exterior es el marco que ofrece el entramado de organizaciones, tratados, legislaciones, convenciones, intercambios, proyectos, reuniones y alianzas internacionales. Al comenzar el siglo XXI, no obstante, la política internacional está inmersa en nuevos tipos de conflictos políticos que podemos considerar globales, cuyos parámetros no pueden entenderse con los viejos moldes de la concepción realista, pensada en exclusiva desde la acción exterior de los estados.

Las relaciones de equilibrio de poder, conflicto y alianzas móviles entre los estados absolutistas europeos a partir de la paz de Westfalia de 1648 conformaron las reglas del juego desde las cuales se articulaban y rearticulaban las relaciones de poder internacionales entre los estados-nación europeos en los siglos XVIII y XIX que describe el modelo realista que convencionalmente ha venido a caracterizar la política internacional (Zolo, 2003).

A pesar de que la dinámica se complica, con la extensión geográfica del modelo del estado-nación y la política imperialista de las potencias europeas, la concepción y los principios de equilibrio de poder que rigen las reglas de los juegos de poder internacionales perduran al menos hasta la segunda Guerra Mundial. Las guerras napoleónicas, la primera Guerra Mundial y la segunda Guerra Mundial son momentos cruciales en los grandes cambios de las relaciones de fuerzas. Acabadas estas grandes guerras, los vencedores de conflagraciones cada vez más amplias intentan imponer un nuevo orden entre los estados-nación. Un nuevo orden mundial que se revelará mucho más precario del que los vencedores pensaron en cada una de las ocasiones.

Después de la segunda Guerra Mundial, en la cual se ven involucrados los grandes estados más poderosos de los cinco continentes, se crea la ONU con el objetivo de institucionalizar unas reglas que impidan que las relaciones internacionales se rijan exclusivamente por la lógica de las relaciones de fuerza entre estados-nación, dotándola primero de una Carta fundacional que prohíbe a los estados miembros las intervenciones armadas, a no ser con carácter defensivo, bajo autorización del Consejo de Seguridad; segundo, proclamando la Declaración Universal de los Derechos Humanos que reconoce como sujetos de derecho internacional, además de los estados, a los individuos y a las colectividades.

La contradicción entre el orden supuesto en el derecho internacional y el orden real es patente en todo el período de la Guerra Fría. Sobre el papel, es decir, desde el derecho internacional, el nuevo orden mundial instituido en la ONU modifica la concepción westfaliana de las relaciones internacionales. En la realidad, pronto aparece un nuevo orden real articulado sobre la base de las relaciones de fuerza entre las dos grandes potencias político-militares de alcance mundial, los EE.UU. y la URSS, y sus respectivas alianzas, la OTAN y el Pacto de Varsovia. Es la «política de bloques», cuya confrontación permanente define a lo que se llamó la «Guerra Fría». La «implosión» de la Unión Soviética significó el fin de tan atípica guerra, hallándose al finalizar los años ochenta del siglo XX los EE.UU. como la única gran potencia de alcance mundial.

#### IV.2. El nuevo orden mundial de la posguerra fría

De facto, la nueva situación tiene las mismas consecuencias que las de una victoria en una nueva guerra mundial. La Administración del presidente de los EE.UU., George Bush, cuando aún no se ha consumado el proceso, se apresura a plantear las nuevas reglas del nuevo orden mundial y a demostrar su determinación de hacerlo respetar en la primera guerra contra Irak, poniendo en solitario las bases de lo que serán las nuevas condiciones: 1. Decadencia irreversible de la Unión Soviética como potencia de alcance global. 2. Los EE.UU. se han quedado solos como potencia político-militar de alcance global, especialmente por lo que hace a la tecnología militar y al potencial nuclear. 3. A corto y medio plazo no es previsible que aparezca ninguna potencia que le pueda disputar tal preeminencia. 4. El peligro de guerra nuclear pasa a un segundo plano. 5. Los EE.UU. pueden y deben ejercer su poder para estabilizar un sistema internacional de seguridad de acuerdo con sus intereses, que se justifican en función de lo que consideran son los valores occidentales. El nuevo orden mundial se proclama y

tutela unilateralmente desde la nueva posición de fuerza indiscutible de la única hiperpotencia. El realismo político vuelve a ser la concepción dominante a costa del derecho internacional proclamado en la ONU.

Dichos ejes son respetados por las dos administraciones demócratas del presidente B. Clinton. Durante este tiempo, el hecho de que ningún estado cuestione seriamente este diseño y que la interpretación de sus administraciones le lleve a priorizar como interés del estado el desarrollo de los procesos de globalización económica de los que es el *leader*, convierte a este nuevo orden en incuestionado. Clinton busca ampliar el lado de la hegemonía de los EE.UU. y la expansión de la globalización capitalista (Nye Jr., 2002). Logrando, en este período, alcanzar los principales objetivos perseguidos.

#### IV.3. Los neoconservadores y el replanteamiento del nuevo orden mundial

La Administración republicana de los EE.UU., que la sustituye, la del presidente George W. Bush, eleva a la cima del poder a una elite de estrategias neoconservadores que tienen un nuevo diseño estratégico que ofrecer para la hiperpotencia. Básicamente creen en la aplicación privilegiada del lado de la dominación en la política internacional y en incrementar de cara al futuro el poder de los EE.UU. (Riutort 2003). La acción terrorista del 11-S del 2001 les facilita la puesta en marcha del replanteamiento unilateral del nuevo orden mundial. Declaran la guerra al terrorismo internacional que adquiere unas dimensiones desaforadas en el discurso estratégico y legitimador de Washington que se concreta en el terrorismo islámico y lo que consideran son sus protectores reales, supuestos o potenciales, que en primera instancia concretan en Afganistán y un conjunto de estados gamberros al que llaman «eje del mal», Irak, Irán y Corea del Norte, que puede ampliarse a Siria, Libia y otros estados. La acción es inmediata, en año y medio atacan a Afganistán y a Irak.

Al declarar la guerra al terrorismo, implícitamente, dan por acabado el nuevo orden mundial de la posguerra fría y se disponen a otra larga conflagración de carácter global para la cual se dotan unilateralmente de la estrategia de las intervenciones preventivas. Tal como la Administración neoconservadora interpreta el imaginario político americano, su discurso sitúa a los EE.UU. en la encrucijada de tener que asumir la responsabilidad activa de cumplir con su destino manifiesto, salvar a la humanidad. Con esta convicción estratégica e ideológica justifican la intervención unilateral. Hay que destruir al nuevo enemigo donde se encuentre, sin consideraciones secundarias de fronteras estatales, leyes interna-

cionales, consensos con los aliados, opinión pública internacional o derechos individuales, incluso de sus propios ciudadanos. El fin supremo de su concepción de la seguridad justifica los medios de la guerra preventiva. La Administración neoconservadora, en contra de lo que pretendía el diseño del nuevo orden mundial pensado para garantizar la *pax americana*, se convierte en generadora de las crisis internacionales más graves.

El principal objetivo de esta nueva guerra no es sólo la victoria sobre el nuevo terrorismo global en sentido estricto, el terrorismo de Al Qaeda, sino mucho más, sobre lo que se considera terrorismo en sentido amplio, noción en la que incluyen junto a Al Qaeda a una difusa red de terrorismos islámicos locales, movimientos de liberación, estados fracasados y estados gamberros que en su interpretación están interrelacionados, aunque la realidad empírica no corrobore dicha creencia. El objetivo mínimo de este proceso es rediseñar el mapa político desde Oriente Medio hasta Paquistán, donde se concentra este peligro para la concepción de seguridad de los EE.UU., además de concentrar las mayores reservas de petróleo y gas natural del mundo, estableciendo para toda la zona un orden estatal afín a lo que consideran intereses geopolíticos y geoeconómicos de los EE.UU., al que intentan justificar llamándole «democratización». Este movimiento estratégico implicará a todo el mundo debido a la importancia de la región y dará la ocasión a la Administración neoconservadora para disciplinar a potencias regionales aliadas, amigas o con ambiciones de jugar en el futuro un papel global y que, en consecuencia, pugnan por tener una posición autónoma en el escenario internacional, además de resolver contenciosos estancados con diversos estados. El lenguaje y las pretensiones de la Administración neoconservadora son los de un imperio político-militar.

Durante este proceso se han destacado diversas dimensiones de la puesta en marcha de la estrategia de las intervenciones preventivas por parte de la Administración neoconservadora de los EE.UU. que han convertido su aplicación en un conflicto político global. La reelección de G.W. Bush para un segundo mandato ha sido interpretada por éste como un apoyo de la mayoría del pueblo norteamericano a esta estrategia, por lo que es previsible que continuará de una manera u otra la tensión y la proliferación de focos de desestabilización y crisis al nivel internacional.

La complejidad del mundo globalizado, la velocidad de los procesos que en él acaecen y la cantidad de agencias y agentes que desde múltiples focos demandan reconocimiento en los ámbitos económicos, políticos y militares es prácticamente imposible que se acople a los designios de un sistema estratégico unilateral de

fuerza político-militar como el diseñado por los neoconservadores. El diseño instrumental es desbordado por la praxis de la complejidad histórica de las sociedades en un mundo globalizado. De hecho, la dificultad de estabilizar bajo un orden estatal afín al concebido por los neoconservadores a las sociedades de Afganistán e Irak, después de las «victorias» norteamericanas en los combates militares que destruyeron los aparatos de poder estatal de ambos estados, pone de relieve que los intentos de imponer soluciones simples, de diseño, por más que los medios tecnológicos-militares que los implementan sean extremadamente sofisticados y contundentes, a realidades sociales tan complejas, mudables e inabarcables en sus conexiones y consecuencias colaterales globales, desencadenan tal cantidad de consecuencias no previstas que cuestionan y desbordan los pretendidos logros previstos por quienes los desencadenaron. La continuación previsible en un futuro próximo de tal dinámica no puede más que incrementar los episodios de tensión, desestabilización, conflictos, incertidumbre y riesgo globales.

#### IV.4. Crisis de la estrategia de las intervenciones preventivas

Desde el punto de vista realista neohobbesiano de los neoconservadores de la Administración de G.W. Bush, basado en la primacía de la dominación o, en el lenguaje de Nye, del *poder fuerte*, o sea, en la primacía de la fuerza político-militar y en el sometimiento del enemigo, las contundentes victorias militares de los EE.UU. en las guerras de Afganistán e Irak, les permitirían aplastar los regímenes de dichos países y desmontar sus estados, como así fue. El primer objetivo se había logrado. En estas condiciones el camino estaría expedito para la construcción de nueva planta de sendos estados en cada uno de dichos países, afines a los intereses estadounidenses. Asentando de nuevo su control sobre dichos territorios. La parte del proceso previsto correspondiente a la última afirmación se ha complicado hasta tal punto y los costes son tan enormes que cuanto más tiempo pasa más difícil está resultando lograr dicho objetivo.

Supuesto que se hubiesen logrado los dos objetivos anteriores con los costes y tiempo previsto durante el primer mandato de la Administración Bush, la segunda parte del proceso de rediseño del mapa político del Próximo Oriente, Mesopotamia y Persia constaba de dos nuevas ofensivas sobre los regímenes de Irán y Siria. Dichos regímenes, una vez constatada la capacidad y voluntad de destruirlos de los EE.UU. y de construir dos estados sustitutos afines a sus intereses, acosados y viendo peligrar su futuro; o bien estarían dispuestos a plegarse a las condiciones impuestas por la hiperpotencia, o bien sufrirían la misma suerte,

serían derrotados en sendas campañas técnico-militares y reconstruidos sus estados. Esta segunda parte del proceso, cuando aún no se ha cumplido la primera, de momento, está paralizada.

Para los neoconservadores, como en los casos de Afganistán e Irak, razones para emprender dichas guerras no faltarían, si no existen, se construyen; se montan campañas de desinformación, se aterroriza a la opinión pública creando sucesivas escaladas de terror, se inventa un *casus belli* y ya sólo falta acudir a la estrategia oficial de las intervenciones preventivas.

El fin justifica los medios: la lucha contra el nuevo gran mal, el terrorismo internacional en sentido amplio, tiene una causa. De nuevo los EE.UU. están llamados a desempeñar el papel que la historia les otorga en la doctrina del destino manifiesto. La llamada revolución de la tecnología militar permite a sus ejércitos ganar guerras «limpias», con apenas consecuencias colaterales, a través de operaciones quirúrgicas, minimizadas estadísticamente, evitando, además, dañar la sensibilidad de la ciudadanía con la contemplación de los propios muertos en los medios de comunicación.

Un año después de la reelección a la presidencia de los EE.UU. de G.W. Bush, puede afirmarse con buenas razones que la estrategia de las intervenciones preventivas como medio para reconfigurar el nuevo orden mundial —después de las victorias en las guerras del Próximo y Medio Oriente—, ha topado con una complejidad social y política no prevista, con consecuencias colaterales múltiples que diluyen el efecto de las victorias y alejan los objetivos previstos, hasta tal punto que probablemente sean inalcanzables, al menos, tal cual se habían pensado.

#### IV.5. Complejidad social y política y consecuencias no previstas

Cuatro años después de la victoria de los EE.UU. en Afganistán sobre el régimen Talibán, uno de los objetivos declarados, desmontar el régimen Talibán e instalar un régimen afín, sólo en parte se ha conseguido. El estado Afgano reconstruido sólo controla parcialmente su territorio, estando sometido al hostigamiento permanente de la insurgencia talibán, a pesar de las frecuentes acciones militares de las tropas estadounidenses en su contra, además, dicho estado ha cedido importantes posiciones de poder a los «señores de la guerra», de tal manera que no ejerce una verdadera autoridad en muchos de los territorios. El otro objetivo declarado, acabar con Al Qaeda, aunque se han limitado sus operaciones en dicho territorio, no se ha conseguido, al ser un símbolo global que actúa a través de redes terroristas autónomas dispersas por todo el mundo.

Dos años y medio después de la aplastante victoria militar de los EE.UU. en Irak sobre el régimen de S. Hussein puede decirse que no sólo no se han resuelto los problemas, sino que se han multiplicado respecto de la situación anterior a la guerra. Irak se halla inmerso en un conflicto civil de nuevo tipo.

La minoría sunnita, el 20% de la población, no acepta las relaciones de poder que se pretenden institucionalizar en la constitución, puesto que es la gran perdedora. Los sunnitas no aceptan el reparto de poder que se les ofrece en las instituciones federales, y la pérdida total de control sobre los recursos petrolíferos que suponen la única riqueza de importancia del país, a favor de los chiítas, el 60% de la población, y de los kurdos, el 20% de la población.

El conflicto tiene múltiples derivaciones: los sunnitas tienen un gran potencial de convertir el desacuerdo en guerra civil. El sunnismo irakí goza de la simpatía del resto de sunnitas y de numerosos estados vecinos, con grandes recursos económicos y militares. Los sunnitas son mayoritarios en el mundo islámico, cerca del 80%, con alrededor de mil millones de creyentes. Tradicionalmente, el sunnismo y el chiísmo han estado enfrentados por la influencia y áreas de expansión, lo que en ocasiones ha desembocado en sangrientas guerras. Además, existe un potencial de combatientes salafistas dispuestos a incorporarse a la lucha insurgente, confluyendo sobre el terreno con los restos del aparato sunnita del partido Baas y de los cuerpos de seguridad del antiguo régimen. Los chiítas irakíes se convierten en los más beneficiados por el nuevo reparto del poder. Desde el nuevo Estado en ciernes pueden usar sus aparatos para combatir a los insurgentes, intentando estabilizar el país. Su gran vecino, el Irán de los ayatollahs, el estado más poblado y poderoso del Golfo Pérsico, de mayoría chiíta, respalda a los chiítas irakíes y tiene una gran influencia sobre ellos. Por otra parte, los kurdos, de hecho, desde la primera guerra de Irak, consiguieron un régimen de autogobierno, refrendado y ampliado territorialmente después de la segunda Guerra de Irak y plasmado en la nueva constitución. Desde esta posición desplazan hacia afuera a los sunnitas ubicados en sus territorios.

La tensión secular entre sunnismo y chiísmo, agravada con la guerra de Irak, tiene sus principales focos en la desconfianza y tensión soterrada entre Irán y Arabia Saudita, centros de hegemonía y expansión de ambas confesiones y enfrentadas por la influencia en la zona, con dos regímenes fundamentalistas en el poder. Ambas son potencias petrolíferas mundiales, disponen de potentes ejércitos y se hallan cara a cara en sendos lados del estrecho Golfo Pérsico.

Arabia Saudita, difícilmente estará dispuesta a aceptar que la creciente influencia de Irán sobre el nuevo estado irakí la convierta, de hecho, en la indiscutible

potencia regional, económica, poblacional y militar. En estas condiciones, es muy probable que los sunnís de Irak vean incrementar el respaldo saudí y de las monarquías del Golfo, con el fin de desestabilizar el estado irakí en construcción, favoreciendo un replanteamiento de la actual correlación de fuerzas a favor de los sunnies y, dificultando el intento de estabilizar la zona por parte de los Estados Unidos que cada vez tienen más urgencia de salir del avispero que han desencadenado.

Los norteamericanos, después de la victoria militar sobre el antiguo régimen de S. Hussein, se hallan inmersos en el conflicto civil irakí, convirtiéndose de hecho en otra de las partes. Sumidos en unos costes económicos y humanos no previstos, que se acumulan en una operación que pensaban solucionar rápidamente y en la que no contaban con contabilizar pérdidas significativas. Al desprestigio internacional de la intervención y de la ocupación, más recientemente, se han agregado nuevos elementos, en la medida que la ciudadanía norteamericana se enteraba de las falsedades con las que se justificó la guerra, la denuncia de las violaciones de los derechos humanos por parte de tropas estadounidenses, los elevados costes económicos que genera la guerra que lastran su ya enorme déficit público, el número de soldados norteamericanos muertos en el conflicto y, el crecimiento del desacuerdo en su propia sociedad con la guerra y de sectores pacifistas que demandan salir de Irak.

En el terreno militar, las guerras de Afganistán e Irak y la instalación y reforzamiento de las bases de los Estados Unidos en toda la zona, han fortalecido enormemente su capacidad de ataque. Los regímenes de Irán y Siria, sintiéndose amenazadas por las declaraciones explícitas de la Administración estadounidense y con el fuerte rechazo de sus poblaciones a la intervención de estos en Irak, han reafirmado sus posiciones de fuerza en el interior de sus países. Los sectores más duros de ambos regímenes han consolidado su poder. En Irán los más fundamentalistas han ganado las elecciones, acelerando el proceso de construcción de ingenios nucleares propios con el fin de disuadir potenciales ataques de los Estados Unidos. La lección dada por Washington en Corea del Norte ha sido interpretada por los ayatoláhs: si se dispone de armamento nuclear los norteamericanos están dispuestos a negociar. Todo lo cual dispara la escalada armamentista en la zona. Ni Arabia Saudita, ni Israel van a aceptar de buen grado sin reaccionar el cambio de la correlación de fuerzas que significará la disposición de armamento nuclear por parte de Irán.

La contundente ofensiva de A. Sharon contra los palestinos, desde que Bush accedió a la presidencia de los Estados Unidos, pretendía alcanzar una posición de mayor poder de negociación de su Administración con la Autoridad Palestina, muy debilitada, de manera que se creasen condiciones en las que un futuro

estado Palestino, digno de llamarse así, fuera materialmente inviable, con grandes asentamientos israelitas en los territorios de Cisjordania y con una tutela del estado de Israel de los recursos, economía, fronteras y comunicaciones de los palestinos. La guerra de Irak facilitó a Sharon el avance en dicho objetivo, debilitando enormemente a la Autoridad Palestina, anulando la «hoja de ruta» y convirtiendo en inviable al estado Palestino. La contrapartida fue el refuerzo de los sectores radicales entre los palestinos, lo que debilita cualquier compromiso en la zona sin contar con su anuencia. El problema palestino continúa avivando la radicalización y alimenta el enorme agravio del mundo islámico por la doble vara de medir que aplican los Estados Unidos y, en su estela, el resto de países occidentales, respecto de los palestinos. Desde el punto de vista de «la calle» de todos los países de mayoría islámica, sea sunnita o chiíta, el problema palestino está ligado a la intervención de Occidente, dirigida por los Estados Unidos, en Afganistán e Irak.

#### IV.6. Sin salidas a la vista

La lógica puesta en marcha por la Administración neoconservadora, con los ataques preventivos y el intento de rediseñar el mapa de la zona, parece abocada a generar mayores problemas de los que pretendía resolver, sin que se vislumbre otra estrategia alternativa por parte de la actual Administración de los Estados Unidos, con tres años por delante. La coalición interna que G. W. Bush consiguió construir en los Estados Unidos entre la política de la Administración, la oposición demócrata, los medios de comunicación y la mayoría de la ciudadanía norteamericana para emprender las guerras de Afganistán e Irak, ha entrado en un proceso de deterioro considerable, particularmente en el caso fundamental de Irak. El proyecto neoconservador de reconfigurar el nuevo orden mundial, después de ganar las guerras previstas y de cambiar las relaciones de fuerza en la zona según sus preferencias, parece cada vez más lejano.

Este sería un buen momento para que la Unión Europea y las instituciones internacionales potenciasen iniciativas multilaterales y jugasen un papel activo en el acercamiento de posiciones entre las partes implicadas en el conflicto para cambiar el sentido de los acontecimientos, a la vez que otros actores como Rusia y China pudiesen sumarse a las propuestas pacificadoras. Sin embargo, después del no francés y el no holandés al Proyecto de Tratado Constitucional, que ha puesto de relieve la enorme distancia de la construcción desde arriba de la Unión Europea y la falta de conexión de la ciudadanía con la misma, la Unión Europea

está en una profunda crisis de la que por el momento no se vislumbran salidas, por lo que su capacidad de asumir algún tipo de protagonismo en la gestión de un conflicto tan complejo como el ocasionado por las guerras de Afganistán e Irak es prácticamente nula.

## Bibliografía

- BECK, U. (2002): *La sociedad del riesgo global*, México, Siglo XXI.
- BOWLES, S; GORDON, D.M. y WEISSKOPF, TH.E. (1989): *La economía del despilfarro*, Madrid, Alianza Universidad.
- BOWLES, S; GORDON D.M. y Weisskopf Th.E. (1990): *Tras la economía del despilfarro*, Madrid, Alianza Universidad.
- BREZEZINSKI, Z. (1999): *El gran tablero mundial*, Barcelona, Paidós.
- BREZEZINSKI, Z. (2005): *El dilema de los EE.UU.*, Barcelona, Paidós.
- GIDDENS, A. (1993): *Consecuencias de la modernidad*, Madrid, Alianza Universidad.
- GILPIN, R. (2003): *El reto del capitalismo global*, Madrid, Turner.
- GOWAN, P. (2000): *La apuesta por la globalización*, Madrid, Akal.
- HABERMAS, J. (1981): *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili.
- KRUGMAN, P. (2003): *El gran engaño*, Barcelona, Grijalbo.
- NYE, J. S. JR. (2002): *La paradoja del poder*, Madrid, Taurus.
- RIUTORT, B. (2001): *Razón política, globalización y modernidad compleja*, España, El Viejo Topo.
- RIUTORT, B. (2004): «Modernidad reflexiva y/o tercera vía», en: Quesada F., *Siglo XXI: ¿un nuevo paradigma de la política?*, Barcelona, Anthropos.
- RIUTORT, B. (ed.) (2003): *Conflictos bélicos y nuevo orden mundial*, Barcelona, Icaria.
- SORINO, K. Y MORA J.J.(2005): *El nuevo orden americano*, Almazara.
- STIGLITZ, J.E. (2002): *El malestar en la globalización*, Madrid, Taurus.
- STIGLITZ, J.E. (2003): *Los felices 90. La semilla de la destrucción*, Madrid, Taurus.
- TORRES LÓPEZ, J. (2000): *Desigualdad y crisis económica*, Madrid, Sistema.
- VIDAL BENEYTO, J. (2003): *Hacia una sociedad civil global*, Madrid, Taurus.
- ZOLO, D. (2000): *Cosmópolis*, Barcelona, Paidós.

## Registro bibliográfico

RIUTORT SERRA, BERNAT  
«Razones de la política. Crítica al poder y a la política en la era de la globalización», ESTUDIOS SOCIALES. *Revista Universitaria Semestral*, Año XVI, Nº 31, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, segundo semestre, 2006 (pp. 45-68).

## Descriptorios · Describers

razón política / capitalismo global / sociedad civil global / nuevo orden mundial

political reason / global capitalism / global civil society / new world order